

POLÍTICA, POCA, PERO BUENA.

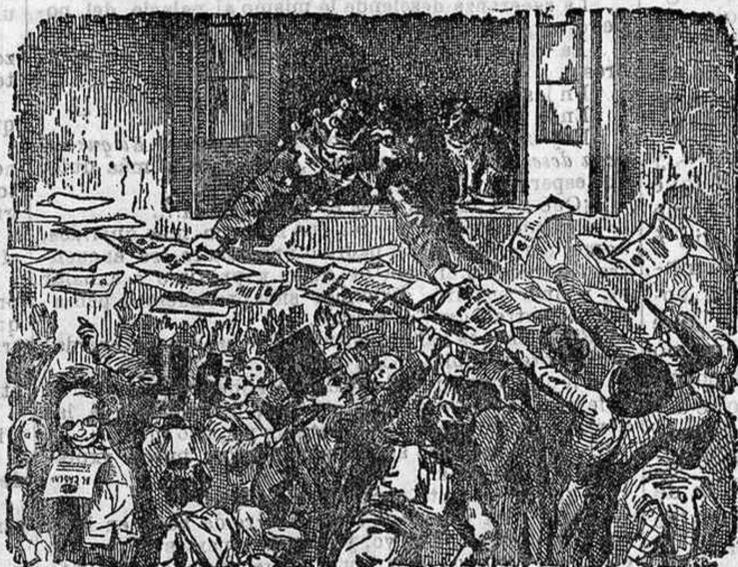
CINCO NÚMEROS CADA MES.

RECREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrfos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

ADMINISTRACION.—Calle de los Caños, 4, bajo.

DIRECCION.—Calle de los Caños, 4, pral.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que nos antoje.

6 rs. por tres meses en toda España.

Extranj.—6 meses 20 rs.—América, 40.

EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

Á LAS SEÑORAS.

Á los piés de VV., señoras. Estamos ya cansados de tratar con hombres, y queremos dedicar á VV. hermosa mitad nuestra, si quiera un día. ¡Jesús! ¡qué peste de hombres los que se estilan!

¡Murmuradores, envidiosos, vanidosos, habladores, curiosos, chismosos, insoportables!...

VV. no leen, señoras, los periódicos en su parte política, no ven los manifiestos de los partidos, no saben lo que dice Fulanito y lo que promete Mengano, y las tonterías y disparates que caben en la cabeza de uno de esos hombres entregados al demonio de la política, que es el demonio más feo que puede verse, que si supieran todo eso, pobrísimos conceptos tendrían de los hombres, y no habrían de mirarlos con los buenos y realados ojos que en todas VV. supongo.

Los hombres, señoras, están perdidos, son indignos de VV., han degenerado completamente; si levantarán la cabeza el Cid, Hernán Cortés, Colón, el Gran Capitán, Cervantes, Quevedo y tantos hombres grandes que en sus tiempos volvieron locas á más de mil mozas sandungueiras, habían de creerse en un país de monos ó muñecos, y sino arremetían á cintarazos con todos nosotros, se morirían otra vez de lástima y pena, si no se morían de risa.

¡Ay, señoras! ¡qué hombres son los que les han tocado á VV. en suerte!

Tienen todos los vicios á que son propensos los hombres de poco seso, y sobre esos todos los defectillos, que las señoras no tienen vicios, todas las debilidades peculiares del bello sexo.

Cuando alguna de VV., por su belleza ó sus virtudes, hace lo que se llama una buena boda, las demás la muerden VV. un poquito, la encuentran algunas fatillas, la suponen interesada y vanidosilla, y aunque yo no lo apáudo, lo encuentro disculpable, porque al fin y al cabo cada soltero que se pierde, quiero decir, que se casa, es un voto ménos para las solteras que están en espectación de colocación, y estas no han de quedar muy agradecidas á la que ya ha salido de cuidado, como si dijéramos, de soltera. Al fin y al cabo, VV., porque los hombres lo hemos arreglado así, no tienen otro porvenir que el matrimonio....

Pero entre los hombres, que tienen tantos caminos que seguir, que desde la profesión de barrendero hasta la de Presidente del Consejo de Ministros tienen abiertas las carreras todas y todas las puertas, calles y callejuelas, la envidia, la negra envidia reina más depóticamente que entre las mujeres.

El hombre que se va, separándose de todos los de perdición, por el camino del trabajo, y sin meterse con nadie, procura vivir honrada-

mente, sin ser gravoso á nadie, sin ocuparse en averiguar vidas ajenas, sin molestar á nadie, pronto encuentra la envidia, que le sale descaradamente á ver si le puede cerrar el paso, ó que en las tinieblas, y de una manera vergonzante, le calumnia, le muerde, le persigue, le quita el pellejo y le roe los zancajos.

Las mujeres no son capaces de esto; podrán tener celos de la que es más bonita, de la que tiene más partido, de la que tiene más esbelto el talle, y más gusto para vestirse, y mejor modista; pero nunca, nunca tendrán envidia, nunca tendrán odio á la esposa virtuosa, á la madre que se sacrifica por sus hijos, á la hija que con su trabajo mantiene á la madre anciana....

Las mujeres de cierta clase, es decir, las mozas de rubio, las verduleras, cañañeras, rabaneras y demás hembras de empuje, se dicen si á mano viene cuatro claridades, y aun si viene á pelo, se arrancan el moño con muchísimo salero; pero en cuanto viene un *cevil* y las lleva á la prevención, se acabó la cuestión. Presencian la riña algunas personas, que tienen un rato de jolgorio y regocijo con el espectáculo, y no tiene consecuencia el incidente, á no ser algun arañazo ó cardenal en las caras de las contendientes; pero los hombres públicos, que son generalmente personas de gran valer y sabiduría, eso se ponen como un trapo, se insultan, se escarnecen, se ponen en ridículo todos los días, todo el año, se sacan á relucir todas las flaquezas, y escandalizan á la gente pacífica, oscura y bonachona, que se asombra de cómo pueden tener la pretension de hacer la felicidad de la patria los que usan el lenguaje de las pasiones, los que no se respetan unos á otros en la vida pública y acaso tampoco en la vida privada, los que incurren torpemente en cien mil contradicciones, los que á la faz del mundo tienen serenidad bastante para decir los mayores absurdos y desatinos, los que vienen de cualquiera parte sin dos pesetas y hacen grandes fortunas, los que pasean por el mundo su insolencia y su vanidad ofuscando á la gente sencilla, que porque lo oye decir, los cree sábios, y virtuosos, y magnánimos, aunque jamás logra de ellos ni una prueba siquiera de ciencia, virtud y caridad.

¡Hay comparación posible entre los hombres públicos y las mujeres?...

Chismes, cuentos y enredos son la comidilla de ciertas mujeres; pues la misma comidilla alimenta á los inquilinos de esta casa de vecindad ó de Tócame Roque que se llama política.

¡Qué vieja hipocritona, santurróna, maldiciente, lengua de víbora, curiosa, buscona, harpía, chupona, se cambiaria por uno de esos neos redomados, astutos, que no temen á Dios ni al diablo, y que tienen una intención peor que la del toro más marrajo?

Confieso que, entre aquella y este, me inspira más simpatías aquella. Al fin es mujer, es débil, es ignorante.

No hay coquetona, veleta, de esas que dan cien vueltas á un hombre y comprometen al más pintado, que sea capaz de las veleidades, caprichos, incosecuencias, argucias y malas mañas de que da prueba cualquier unionista de estos que parece como que han nacido para dar que hacer y encocorar al género humano y explotar el Presupuesto.

Quisiera yo tener conmigo cincuenta suegras de esas que dicen que hay,—que yo por mi buena ventura no las conozco tales,—que abrasan la sangre á un hombre y le dejan sin entendimiento y sin voluntad, y le sofocan y le ponen á parir, aunque entre hombres no se usa eso, y le hacen huir de su casa y buscar la agena, y le obligan á acostumbrarse á la idea del infierno de la otra vida, con hacerle pasar en esta penas, que de seguro no serán tan crueles las del repertorio del reino de los demonios; quisiera, repito, tener yo cincuenta de esas suegras, y no quisiera habérmelas con esos políticos que se llaman moderados y en nada lo son, que son suegros de la patria siempre y cuando los hacen tutores y curadores de los hijos de esa pobre, se comen lo que pueden, y el dote de la patria se lo llevan los diablos, y á los hijos les dan ca la golpe que vale un millon, y no hay quien los sufra por lo glotonos, bravucones y valentones.

Siete hijas quisiera tener románticas con los cascós á la gineta, visionarias, poetisas ramplo-nas, cargantes é insoportables, prefiriéndolas á uno de esos demócratas que están en el limbo, y que creen que cuando se realicen sus dorados sueños vamos á atar los perros con longanizas, y á estar en una paz octaviana, y á ser todos iguales, y á comernos los unos á los otros á besos, y á tener muchísimos derechos y ningún torcido, y á alternar en el Gobierno, lo mismo el zapatero de la esquina que el sábio más ilustre y eminente.

Pues mejor me parece una mujer de esas que hay hombrunas, que se ponen los calzones y al marido le tienen metido en un puño, y si les alza la voz le sacan los ojos, y le hacen ir en mangas de camisa con la capa á la compra, para que no estropee la levita, y le obligan á hacer el chocolate, y á encender la lumbre, y le pegan, y le espían, y no le permiten llevar más dinero que para afeitarse los domingos, mejor me parece, mejor que uno de esos rojos que, siendo en su trato amables y bien educados, en política pierden los estribos y todo lo quieren arreglar degollando á la gente y llevándolo todo á sangre y fuego, como si por medio del terror y de los palos se hubiera podido nunca gobernar ninguna nación del mundo.

Mujeres progresistas llamo yo á esas mujeres varoniles que se entusiasman oyendo tocar el *Sí*.

...*tio de Zaragoza* y bailan unas manchegas y una jota por todo lo alto con toda la sandunga propia y exclusiva de las hembras españolas, y cuando hay Milicia nacional se alegran de ver á sus novios y á sus maridos con el uniforme de artillería ó de ligeros, y van á las revistas y paradas rebotando patriotismo y con ganas de dar un abrazo á don Baldomero, que no lo desdeñaría, y si no aprenden también el ejercicio es por el qué dirán? no por falta de voluntad, y que están como en la gloria cuando van al cuerpo de guardia á ver á alguna persona de su estimación. Esas mujeres son muy apreciables, y las pondría yo sobre mi cabeza si no pesaran tanto; pero ¿á que no son partidarias del retraimiento? ¿á que no hablan jamás de obstáculos? ¿á que no dicen ni hacen nunca lo contrario de lo que creen que deben hacer? ¿á que no se niegan, si se las suplicara, á hacer un favor á nadie? ¿á que si de ellas dependiera no habría crisis industrial, ni falta de trabajo, ni aun de trabajos? ¿á que si á ellas se les diera la dirección del partido progresista lo dirigirían con más cordura y acierto?...

En resumen, las mujeres saben más que los hombres, tienen más abnegación, son más patriotas, más enérgicas cuando conviene, más conciliadoras y prudentes siempre, y en fin, más dignas por cien mil y un conceptos de loa y admiración.

El CASCABEL es en política del partido de las mujeres.

Paz, tranquilidad, armonía, concordia, alegría y amor al prójimo son los principios de las mujeres, y á esos me atengo.

Señoras, repito.... Soy de VV. apasionado seguro servidor que besa sus piés, y me quedo corto.

LA ESPERANZA.

Recuerdo en este momento que nuestro famoso y querido Larra solía decir:—«Todas las verdades que el mundo encierra, pueden consignarse en un papelillo de fumar.»

Este célebre dicho, un poco exagerado por efecto del excepticismo del inimitable crítico, no es otra cosa que una verdad, que vino á aumentar el escaso número de las que el mundo encierra.

Figaro tenía razón. Yo creo que el hombre es el mayor enemigo que tiene la verdad.

Tal vez por eso las verdades escasean tanto en el mundo.

Por otra parte, tiene necesariamente que escasear en un mundo en donde la mentira y la farsa han sabido erigirse un trono.

Y, triste es decirlo; pero ante las gradas de ese trono acude á prosternarse diariamente una gran parte de la humanidad.

De lo cual se deduce que tiene algo de desconsolador y de terrible la alegría de ese movimiento universal y constante de la especie humana.

Visto el mundo nada más que por fuera, no puede dudarse de la completa felicidad de los hombres.

Pero sucede con frecuencia que cuando la sonrisa asoma á nuestros labios, tenemos ya la muerte en el corazón.

O como vulgarmente se dice:—«Fulano se muestra alegre, y la procesion anda por dentro.»

Yo creo, sin embargo, en la existencia de una fuerza irresistible y misteriosa que nos seduce, que nos arrastra y obliga á marchar adelante por el áspero camino de la vida.

Para mí es indudable que hay algo que nos hace olvidar las falsedades del mundo, algo que es el alivio de nuestras desgracias y el bálsamo que cicatriza las heridas de nuestro corazón.

Y ese algo.... ¡Oh! ¡no cabe duda!... Ese algo es la segunda de las virtudes teológicas: es la esperanza.

El hombre se consuela, tarde ó temprano, de la falta de un empleo, del éxito desgraciado de un negocio, de la pérdida de toda una fortuna; hasta llega á consolarse despues que la muerte le arrebató las prendas de su mayor cariño; pero ¿qué consuelo, qué recurso le quedan al hombre que pierda por completo y para siempre la esperanza?

Consuele, ninguno: recurso, el que le quedó al insignificante y desventurado Larra.

¡Pobre Figaro!

La esperanza es un manantial inagotable de felicidad y de consuelo.

Es la herencia de la humanidad en este valle de lágrimas.

Es el refugio de los que sufren.

La antorcha que guía nuestros pasos.

La vida de nuestra vida.

La compañera inseparable del hombre.

La esperanza es una luz suavísima que nace del trono del mismo Dios, y que ilumina nuestra alma y fortalece nuestro espíritu cuando se halla próximo á desfallecer.

Es una voz cariñosa y amiga que solo oímos cuando nos atormentan y afligen los sinsabores y contratiempos de la vida.

La esperanza, en fin, es el reflejo de una felicidad suprema.

El recuerdo de lo que Dios Nuestro Señor nos tiene prometido.

La esperanza descende lo mismo al palacio del poderoso, que á la choza del mendigo.

La vemos á todas horas en la sonrisa de los hombres.

En los ojos de las mujeres.

En la alegría de los niños.

Hay un adagio muy conocido, que dice:—*El que espera desespera*; y, sin embargo, no hay nada más dulce que esperar.

¿Qué cosa tan deliciosa es la esperanza!...

Cuando uno de los seres que nos son más queridos, como, por ejemplo, un padre ó una madre, se encuentra postrado en el lecho del dolor y próximo á exhalar el último suspiro, dividimos siempre nuestro pensamiento entre Dios y el médico.

Figurémonos hallarnos en uno de esos casos verdaderamente terribles.

Figurémonos que el médico, despues de examinar al enfermo, se vuelve por fin, y dice, dirigiéndose á las personas que le rodean:—«Está un poquito mejor.»

Lo que sucede en aquel momento no puede expresarse con palabras.

Aquello se siente, pero no se explica.

Tan fausta y deseada noticia corre de boca en boca con la velocidad del rayo, y por todas partes no se oye otra cosa que aquellas consoladoras palabras:—«Está un poquito mejor; está un poquito mejor.»

Al profundo abatimiento de los que temen por la vida del enfermo sucede una emoción extraña, un estremecimiento desconocido, confusa mezcla de placer y de dolor que nos deja entrever la felicidad.

Pero en realidad todo ello no es otra cosa que una dulcísima esperanza que viene á enjugar las lágrimas de los que lloran.

El médico, en tan supremo instante, es el depositario de todas nuestras esperanzas.

Generalmente empezamos por dar gracias á Dios, y concluiríamos de buena gana, si no fuera ridículo, por abrazar y besar al médico.

La alegría que nos causa aquella esperanza solo puede compararse con el gozo que despierta en nosotros la idea de ver á Dios.

Pero cuando tan grata esperanza se convierte en un desengaño.... ¡Oh!... yo he pasado por tan duro trance, y no puedo recordarlo sin estremecerme.

Hay muchos casos en los que no cambiaríamos el placer de una esperanza por la posesión de la cosa deseada.

O lo que es lo mismo:

En ciertas y determinadas ocasiones, una esperanza tiene más valor á nuestros ojos que el resultado, el término de la esperanza misma.

Solo así se comprende el que un cesante pueda llegar á preferir una esperanza á un destino.

Veámoslo:

Un cesante que cuente muchos años de buenos servicios prestados al Estado, aspira, como es natural, á que se le dé una colocación análoga á la última que ha desempeñado.

Aquel hombre, que en el transcurso de cuatro ó cinco años de cesantía ha tenido quizás que empeñarse para dar pan á sus hijos, aquel desgraciado, á quien los disgustos y las privaciones han hecho envejecer antes de tiempo, entra un día en su casa radiante de alegría, pero con esa alegría que no puede ocultarse porque nace del corazón.

Al verle su mujer en un estado tan nuevo para ella, no puede menos de preguntar llena de la mayor sorpresa:

—¿Qué pasa? ¿Te han colocado ya?

El marido, sin perder cierta sonrisa de satisfacción, que hace en aquel momento la felicidad de su mujer, exclama:

—No; pero he visto al ministro y ha prometido colocarme: me ha dado una esperanza. Alégrate, como yo, porque de seguro volveremos á contar con nuestros catorce mil reales, que fué el sueldo que disfruté últimamente.

El ministro cumple su palabra.

Al día siguiente el cesante deja de serlo, porque recibe la credencial de un destino de escribiente con el haber de cinco mil reales en la secretaría de un gobierno de provincia de tercera clase.

La esperanza que por un momento dió vida á aquel infortunado padre de familia, valdría más que no se hubiera realizado.

¿Qué va á hacer aquel infeliz con cinco mil reales, teniendo que mantener, vestir y educar á seis ó siete hijos?

¿Cuándo el pobre cesante volverá á ser dueño de otra esperanza?

Es indudable que el valor de las esperanzas no se conoce hasta despues que se pierden.

Pero por fortuna, una de las cosas que más abunda en el mundo es la esperanza.

Las antenas de todos los ministerios no son otra cosa que almacenes de esperanzas.

Las madres son la esperanza de todos los niños.

Los hijos son la esperanza de sus padres.

El hombre se pasa la vida esperando, y no se cansa nunca de esperar.

Esto último solo se comprende sabiendo que es la consecuencia de un poder sobrenatural.

Una idea feliz puede ser el principio de una esperanza: la primera alumbró la inteligencia, la segunda fortalece el corazón.

Si queremos conocer la facilidad con que puede abrigarse una esperanza, fijémonos en momentos críticos, en situaciones verdaderamente apuradas.

Un naufrago, por ejemplo, es el único capaz de ver una esperanza en el carcomido esquife, en la frágil tabla que arrastran á su capricho las encrespadas olas del Océano.

Solo el hombre que se vea envuelto en un peligro inminente, solo el desgraciado que al tender una mirada sobre cuanto le rodee tropiece por todas partes con

una muerte próxima, puede lanzar un grito de alegría al reparar en el débil madero que bambolean las olas de un mar embravecido.

El pobre naufrago hace un último y supremo esfuerzo, porque en aquella tabla ha visto escrita con caracteres indelebiles la palabra esperanza.

Convengamos en que ciertas cosas solo las ven los que tienen necesidad de verlas.

Para convencernos más y más de esta verdad, penetremos llenos de ese triste y respetuoso recogimiento con que debemos pisar siempre el lugar de la desgracia, en el sombrío recinto donde un reo condenado á muerte está preparándose para pasar de este mundo al otro.

En aquella lúgubre morada solo distinguiremos la presencia de un desgraciado, de un hermano nuestro, que está disponiéndose para espiar en el patíbulo el extravío de un momento.

Por mucho que abramos los ojos, no lograremos ver otra cosa.

Pero tened por seguro que al reo no le sucederá lo mismo.

El reo verá reflejarse constantemente en las paredes de la capilla la bienhechora luz de una esperanza.

La lucha que sostenga consigo mismo aquel infeliz será verdaderamente horrorosa.

Tendrá deseos de consagrarse por completo á Dios, y se lo impedirá un resto de esperanza, por ese amor que todos tenemos á la vida.

Pero cuando el momento terrible se aproxime, cuando solo falten algunos minutos para llegar al sitio del suplicio, un estremecimiento moral se apoderará de aquel ser infortunado, que habrá dejado de pensar en los hombres para reconcentrar su pensamiento en Dios.

Entonces será cuando á los ojos del pobre reo se presente la realidad en toda su horrible desnudez.

Entonces comprenderá, como Figaro, que «todas las verdades que el mundo encierra, pueden consignarse en un papelillo de fumar.»

Entonces únicamente podrá apreciar la diferencia que existe entre la esperanza humana y la esperanza divina.

El término de la primera puede ser un desengaño: el de la segunda es la posesión del Paraíso.

La esperanza es el embeleso de los niños.

El encanto de los jóvenes.

El apoyo de los viejos.

La esperanza es el único bien de la vida.

¡Dichosos los que pueden conservar siempre la esperanza dentro de su corazón!

¡Ay de los que lleguen á perderla!!

FRANCISCO DE LA CORTINA.

GALERÍA DE MATRIMONIOS (1).

PRIMERA PAREJA.

DON SERAFIN Y SU SEÑORA.

(Continuacion.)

Y en efecto, don Serafin se fué á dormir, y soñó todos los imposibles imaginables, porque soñó que su mujer le adoraba y que era una Venus, una Lucrecia, una Arriá, una mujer, en fin, llena de gracia y de virtudes....

Pero al despertar se encontró con la triste realidad de su esposa, que suspiraba por *Jaimé el Barbudo*, es decir, por su difunto, que se parecía como un bruto á otro, al cómico que en el teatro había representado el interesante papel de aquel distinguido bandolero la noche de las bodas de don Serafin.

Pasó tiempo, y don Serafin pasó las penas del purgatorio. No pudo lograr comer garbanzos tiernos ni chocolate espeso, tuvo que escerse él mismo los botones, y vez hubo en que junto á la ventana de la cocina le vieron las vecinas lavando un pañuelo, y un cuello, y unos puños.

Y su mujer, que era más del demonio que suya, siguió en su manía de llorar al muerto y quemar la sangre al vivo, que empezó á quedarse flaco y consumido, y parecía, Dios me perdone, la estampa de la herejía.

En este endiablado matrimonio no había, como en otros, en medio del infierno de los genios encontrados, algunos momentos de amor y ternura; nada de eso. Don Serafin podía hacerse cuenta de que tenía en su casa una criada holgazana, descuidada, respondona, insoportable, mucho más insoportable que otra cualquiera, porque no la podía poner la cuenta en la mano y obligarla á poner los piés en la corriente del arroyo. Don Serafin tomó el partido de callar, y pasaba los días enteros sin que se le oyera hablar más que desde la ventana del patio con el perro de la portería, que le estaba sumamente agradecido, porque la comida que el pobre hombre no podía comer por estar mal condimentada, se la engullía el animal gallardamente, gracias á la generosidad del vecino, que se la bajaba al portal con las mayores muestras de cariño y simpatía.

Pero un día, Dios, que á nadie abandona, que á ningún marido bueno olvida, condujo á la casa de don Serafin á una buena señora llamada doña Dolores, que había sido muy amiga de la mujer de nuestro pobre hombre, y que, habiendo sabido extraoficialmente la fausta noticia de sus nuevas bodas, acudía solícita, llena de satisfacción y de curiosidad, á dar mil plácemes á su amiga, al marido, á los niños, si los habiere, y á todo el mundo.

Don Serafin estaba solo; su mujer había salido, según dijo, á *esparcirse* un poco y á comprarse unos zapatos rusos; y el pobre hombre, que hacia tiempo no veía cerca más rostro de mujer que el de la suya, que era como ver el del mismísimo demonio, se regocijó muy mucho con la visita, y haciendo uso de toda la galantería que se le puede pedir á un hombre que no conoce más que á una mujer, y esta es una harpía, invitó á la dama á tomar asiento, y recibió con suspiros, que la dama interpretó de muy diverso modo, los plácemes y enhora-

(1) Véase el número del 5 de Noviembre.

—Si, señor, buen mozo si quello era; y unos ojos muy hermosos que tenian...

—¿Qué me dice V? —Lo que V. oye. Pues qué, su esposa de V. no le ha dicho...

—No, señora, mi esposa no me dice nada. —Verdad es que ella, como ha sido siempre tan á la buena de Dios...

—Le queria ¿eh? —Si, señor, tenia delirio por él... ¡Qué lástima de rejon de dos filos!

—¿Tan malo era?... —No se puede V. figurar... Su pobre mujer no veia nunca un cuarto ni por donde pasó...

—Siga V., siga V., que eso me interesa. —Pues, y amigo de mujeres... Calle V., si aquello daba asco...

—En viendo una escoba con faldas, en seguida se iba tras ella... en la vecindad no paraba ninguna criada, porque siempre tenia el que decir cuando bajaban ó subian la escalera...

—En dos ó tres casas se fingió soltero y dió palabra de matrimonio á dos ó tres tontas, á quienes con aquella facha y aquella lábia tenia sorbidos los sesos...

—¿Pues era una alhaja! —No lo sabe V. bien; no tenia el demonio por donde desecharle.

—¿Todavía tenia más faltas? —Faltas?.. Garrafales eran; él era jugador, que hasta los cubiertos que llevó su esposa de V. los puso á una carta...

—era tramposo, que la casa parecia un jubileo, y todo el dia estaban llamando los ingleses á la puerta, y á más de uno le pagó con tirarle por la escalera abajo;

—él era holgazán, que no habia quien le hiciera levantar-se temprano, aunque como iba á casa á las tantas, para él no amanecía nunca hasta las dos de la tarde...

—y por fin, esto era lo que más me irritaba, cada dos dias le pegaba una paliza á su mujer... —Señora, por Dios...

—Lo que V. oye. —¿Es posible? —Si, señor; aun tengo yo en el hombro, ahora no se lo puedo enseñar á V., un cardenal que me quedé de una vez que quise poner paz entre los dos...

—y aquel animal me mordió como un perro que era... Si hubiera dado conmigo, le hubiese puesto por justicia, y ántes le hubiera señalado para toda su vida.

—Y su mujer, ¿qué hacia? —Su mujer gritaba mucho, pedia socorro á los vecinos, que muchas noches nos hizo á mi marido y á mí salir en camisa á la escalera...

—y luego, en cuanto reprimiamos al marido por su mal proceder... casi casi le defendia... —Pues señores, me está V. haciendo un gran servicio con decirme todo eso...

—Dios se lo pague á V. —¿Por qué? —Nó, por nada... Decia V...

—Que parecia como que se habia acostumbrado á los golpes... —Se habia acostumbrado ¿eh?... (Concluirá en el número próximo.)

LOS PARTIDOS.

EN LA PORTERIA. —Juan, barre el portal.—No quiero: siempre con igual canción... ¿No es igual mi condicion que la de nuestro casero? —Tú eres pobre.—Ya lo sé; más se acaba mi paciencia...

II. EN EL PRINCIPAL. —Y V., don Crispin, ¿qué opina? —Opino que no es prudente, mientras que manda esta gente, labrarnos nuestra ruina... Opino que ya es razon de que á ser poder volvamos, y en fin, ¿opino que estamos todos tocando el violon? —Sin embargo, el retraimiento es medida salvadora...

III. EN EL SEGUNDO. —Por decreto de ayer, diez, me han declarado cesante... Y todo porque un turante vaya á mi plaza, ¡pardiez! Bien me premia mi fraccion los sacrificios pasados... ¡Si están lo más obcecados! Les haré la oposicion. Mas ¿cómo podré pasar sin sueldo?... ¡Trampa adelante! Con el crédito es bastante

10 LA JUSTICIA POR SU MANO.

LEYENDA. IX. (Continuacion)

—Bien sabe V. E. que no pruebo cosa de bebida. —Pues, entonces, alma de cántaro, faltas á tu deber y á la confianza que puse en tí el testador, dejando morir aquí á su hijo como un perro por no gastar lo que en justicia y hasta en conciencia gastar debes.

—¿Y no habria por allá un santo hospital donde pudiéramos meterlo y... ahorrarle esos gastos? —Eso seria un fraude, un hurto de caridad, dado que se consiguiera, y una deshonra tambien para tí mismo.

—¡Pche! ¡Eso... como dijo el otro, es lo de menos; que al fin nadie tiene más honra que la que le quieren dar.

—¿Qué mal te conocia el testador, al poner á su hijo bajo tu guarda y proteccion! —Pero señor, ¿por qué lo haré yo? Yo no me ahorro nada, pues todo es del menor, que con creces lo tomará en su sazón.

—Pues mira, si de aquí á mañana no has resuelto la traslacion del enfermo á Madrid y su cura á toda costa, puesto que tienes medios, yo, que hasta aquí te he favorecido, yo mismo te he de acusar ante los tribunales.

—¿Señor! —Sí, por cruel, por inhumano, por asesino. —¿Señor mio! —Dicho está. Retírate. —¡Válgame Jesús Nazareno! —Hasta mañana.

X. A los tres dias salia del pueblo el enfermo en direccion de la corte, acompañado del viejo criado del baron, y á los quince, supuestos los de estacion y descanso, estaba ya instalado cómodamente en Madrid bajo la tutela de un curador más solícito que el testamentario.

Para los gastos quedó abierto un crédito en casa del baron, quien encargaba al Galeno en su recomendatoria no omitir gasto ninguno para salvar la vida del pobre mozo, pobre por enfermo, no por pobre; idea que expresaba el baron con su natural llaneza, diciendo textualmente:

«Cúrelo V. y tire de largo, que hay tela.» El médico hizo honor á la firma de S. E., y con tan buena clínica, y aun pudiéramos decir cocina, por una parte, y por otra con ese eficaz y poderoso deseo de vivir, que es la juventud, á los dos meses era el paciente otro enfermo, á los seis otro hombre, á los doce era ya el mismo Caberzas de ántes por lo robusto y colorado.

Sin embargo, él pidió, sano y todo, otro año más de convalecencia en la corte, para lo cual fue tomando lo necesario en casa del baron por cuenta del avaro, que á su vez pedia compasion de sus ahorros al convaleciente, al médico, al baron y á la Virgen de las Angustias.

No en devaneos invertia Diego el tiempo ni menos el dinero, que honrado de suyo y aplicado ya por estímulo de su amor propio, se dió á descucjar, á meter en cultivo su, digámoslo así, erial inteligencia.

Ni hemos de privar á nuestros lectores de un detalle que subraya el maleante, pero veraz ballicher en sus apuntes, porque han de saborearlo como nosotros á costa del protagonista, herido de peligro, sin faltar por ello á la caridad, como quiera que un avaro no es un prójimo, ó es un prójimo á quien debemos querer... estrellar contra una esquina.

El detalle es una cuenta del baron del Alcornoque, que excusando palabras, podemos expresar con números, condensándolos todos en este trabucazo: «Total, 19,874 reales 28 maravedises.»

Trabucazo á quemarropa, tanto más alevoso, cuanto que el mayordomo de S. E. se presentó en casa del avaro á cobrar á la vista.

El pagador en propia defensa estuvo á punto de gritar ¡ladrones! —¿Cómo! decía, ¿asi se sorprende á mano armada en el asilo de su hogar á los hombres honrados é indefensos! ¡Protesto una y mil veces! ¡Protesto!

No dijo qué protestaba, si la letra ó la religion de Jesucristo: la letra no fué, pues calculando que no le convenia declararse en quiebra, ó sea en malversacion, replicó á las reconvencciones de su antiguo rival: —Pagaré, sí, señor, pagaré... cuando pague.

Era cuanto podia decir un avaro. Razon tenia ciertamente para irritarse: le debemos esta justicia, y no será el narrador de su vida quien deje de justificarlo. En efecto, el pagador debió protestar con justa cólera la informalidad del gire, sino el giro porque el librador debió haberle dado aviso, ó sea la

mala noticia poco á poco, y debió más; debió haberla dado dias vista, siquiera para desenterrar fondos. Pero el librador, creyendo sin duda que los tenia desenterrados, precindió de la ritualidad mercantil, y giró á su cargo sin decirle tampoco ¡agua val es decir, allá va esa partida; partida serrana que el avaro enmendó tomándose hasta dos meses de enfermedad, ó sean sesenta dias vista para el pago, más los 28 maravedises que tambien se tomó, diciendo que en casa del baron difunto no se cobraban ni pagaban picos de maravedises. Y era un hecho de verdad á medias, porque la verdad completa era que el avaro nunca pagó al difunto picos, pero cobrarlos siempre.

Recobrada ya su salud, aunque no con caldo de gallina, y pagado el total de la dichosa carta-orden, menos el pleo, tomó la pluma y escribió de pie estas líneas: «Querido hijo: Postrado en el lecho del dolor con la enfermedad que ha de llevarme al sepulcro, te escribo para mandarte con toda mi patria potestad que vengas para bendecirte ántes de morir. No puedo escribir más. Memorias de tu futura esposa, que está cada dia más bella, aunque triste por tu ausencia, y Dios te engracie. Tu padre—Nicanor.»

A los quince dias, la muchacha entró con una carta cerrada, en cuyo sobrescrito reconoció el carácter de letra de su hermano.

—¡Padre! ¡padre! ¡padre! —¿Qué superfluidad es esa! —Carta de mi hermano. —¿De tu hermano! Daca, daca.

Y el avaro leyó en reserva la carta, mientras la muchacha leia en los verdi-sucios ojos del avaro. La carta decia: «Sr. D. Nicanor Oltra: Muy señor mio: No puede ir por ahora á ese pueblo. Si no se mejora V., véngase á Madrid y á que lo cure mi médico: con cuatro ó cinco mil reales hace V. el gasto. Un abrazo á mi hermana. Que haya alivio desea su afmo—Diego.»

El avaro no dijo una palabra, pero con los labios apretados y la lengua mordida le soltó un cachete á la inocente muchacha, que esperaba á su alcance las memorias de su hermano.

—¡Ay! exclamó la pobre querellándose. ¿Por qué me pega V? —No es á tí, contestó el avaro, pensando en el madrileño.

si se sabe utilizar.
Venceremos la desgracia
que me ha eclipsado un momento....
¿Qué no consigue el talento
cuando le ayuda la audacia?

IV.

EN EL TERCERO.

—¿Conque estamos convenidos?
—¡Sí! —¡Guerra al que mande! —¡Guerra!
—Pronto en la española tierra
nos temblarán los partidos.
—Formemos sobre sus ruinas
una gran nación, y luego,
al que se desmande... ¡fuego!
—¿Entrarán las carabinas?
—Sí, llegarán a Madrid
en la semana que viene;
mas la prudencia conviene
antes de entrar en la lid.
—No en balde tanto esperé.
—¡A las armas! —¡A la gloria!
—¡Celebremos la victoria
haciendo un auto de fé!

V.

EN LA BOHARDILLA.

—En vano corrí afanoso
por Madrid... no pude hallar
ni sitio en que trabajar
ni aun préstamo vergonzoso.
Do quiera la alarma cunde
por los políticos fines:
todos sueñan con motines,
y su ambición les confunde.
Y en tanto el crédito baja,
y por consecuencia i n plica,
qu' ni el banquero edifica
ni el jornalero trabaja.
¡En fin, no llores, María:
el Señor nos prueba, es cierto...
mas na lie de hambre se ha muerto...
mañana será otro día!

—Mañana...
—Tienes razón:
no comés y estás criando...
pero, Dios mio, ¿hasta cuándo
durará esta situación?
Sole me queda un camino...
—¡Por Dios, Pedro!... —En él espero:
no temas, el jornalero
nunca es ladrón ni asesino.
Ahogando mi sufrimiento
mendigaré con afán
para un pedazo de pan
que te sirva de sustento.

(M. OSSORIO Y BERNARD.

CASCABELES.

Dijeron los ministeriales cuando entró este Gobierno,
que se volverían a reunir las Direcciones de Beneficencia
y Sanidad. No se hizo, por supuesto; pero vino el cólera
y dijeron que se haría en pasando el cólera, y el cólera
ha pasado, y tampoco se hace.

En promesas de Gobierno y palabras de mujer, no
hay que creer.

Así se causa al país, que no ve más que desengaños.
¿Por qué hablaron antes los amigos de la Unión del
Gobierno que creó esas dos placitas, esas dos gangas
que cuestan 100.000 reales y muchos pteos a los con-
tribuyentes? Lo que quiso aquel Gobierno fué hacer un
favor a este, que ha aprovechado lo que encontró hecho,
cuando debió deshacerlo inmediatamente.

En fin, ¡vamos andando! siga la gran comedia polí-
tica que se está representando tanto tiempo.

La *Voz del crédito* apoya la idea de EL CASCABEL, de
que se exija la responsabilidad del estado vergonzoso
de ciertas sociedades de crédito a los Consejos de vige-
lancia.

Eso, eso hay que pedir. Que paguen los señores que
forman esos Consejos a los pobres que, fiados en la au-
toridad de los nombres, ponen su dinero en tan gran
peligro.

Podemos dar a nuestros lectores las siguientes noti-
cias acerca del Teatro Real:

Mario viene en Diciembre, y cantará *Fausto*.
Mientras llega, cantará esta ópera Castellí, que es
un tener muy simpático y de gracia; pero sin preten-
siones.

Sabemos que hay tenores y primas donnas contra-
tadas, que ya deben estar en camino.

Se va a montar *Macbeth* nuevo, escrito expresamen-
te por Verdi para Mad. Rey-Balle, con gran aparato y
lujo. M. Hanis dirigirá y montará la escena de las bru-
jas y espectros de un modo sorprendente.

Se preparan *Los Hugonotes*, desempeñando las partes
secundarias artistas de cartelito.

Los políticos se preocupan mucho de si debe ser di-
putado el señor Escobar, ó si debe serlo el señor Me-
dialdea.

Parécenos que lo mismo ganará el país con uno que
con otro.

Pero al fin, el señor Media-aldea tiene más represen-
tación que el señor Escobar.

El primero siempre traerá consigo media aldea.

Hablaban de sus pueblos respectivos un andaluz y
un portugués.

—Diga V., preguntó el andaluz al portugués, ¿en su
país de V. hay mucho pescado?

—Es una cosa que asusta. contestó este; figúrese V.
que con solo ponerse a la orilla del río media hora, se
sacan del agua con la caña treinta ó cuarenta libras de
pescado...

—Pues mire V., repuso el andaluz, en mi tierra, el
río que hay es otra cosa. Figúrese V. que allí no hay ni
una gota de agua; todo es pescado, y no hay más que
cogerlo con las manos.

Un día por extraordinario dieron a los hospicianos
pan tierno.

—¡Cahel! dijo uno de ellos, guardando su parte; el
pan tierno no se ve aquí todos los días. Me lo guardaré
para mañana.

El otro día vimos anunciada la pérdida de un bolsillo
con dos monedas de cinco duros, de oro.

Debí decir dos monedas de cien reales de cinco du-
ros de diez escudos, de oro.

El otro día una gran jamona, elegantemente vestida,
pasó junto a un pintor que estaba pintando de color de
rosa la puerta de una tienda, y el pobre hombre, sin
intención, la rozó con la brocha.

—¡Bruñol! dijo la dama; ¿eres V. que soy yo la puerta?..
Mire V. cómo me ha puesto V. el abrigo.

—Señora, contestó el pintor, mirándola a la cara, V.
perdone; pero como tiene V. pintada la cara del mismo
color....

EL CASCABEL tiene grandes deseos de regalar un co-
che, ya que lo, ministros no dejan los suyos, a cada
uno de sus lectores; pero la cosa es un poco ardua. Por
dinero no quedaría en proyecto, pues no faltarian ton-
tos que lo facilitasen si se daba al asunto el aspecto de
una sociedad de crédito, poniendo en caracteres muy
gordos los millones que hiciesen falta. Entretanto nos
contentaremos con hacer un beneficio al público pi tien-
do un reglamento, que le hace mucha falta, a los car-
ruajes de alquiler.

A este fin trataremos de dedicar estas líneas a las
autoridades que entiendan de ello, y que por lo visto no
han podido importar aun a Madrid, donde tanto malo se
trae del extranjero, los reglamentos que rigen en otros
países, cuyos documentos tenemos a la vista para ad-
mirar la prevision e interés con que se atienden las ne-
cesidades de las clases, generalmente modestas, que se
valen de dichos carruajes. En cambio la legislación ma-
drideña obtiene por objeto promover camorras y dispu-
tas, ó parecidos para un cochero.

Sin causar, pues, perjuicio a esa industria respetable
como todas, proponemos las mejoras siguientes:

- 1.ª Que el precio de una carrera sea equivalente ó
sinóni no de media hora.
- 2.ª Que el que use un carruaje para una carrera se
halla autorizado para detenerse una ó más veces en el
tránsito hasta la totalidad de diez minutos.
- 3.ª Que el llamar un carruaje desde su parada más
inmediata a un domicilio del interior de la población,
detenerse cinco minutos a la puerta y dirigirse luego á
cualquiera punto del interior, se considere como una
carrera.
- 4.ª Que todo carruaje que se tome para una car-
rera antes de la media noche, se pague solo como si fue-
ra de día.
- 5.ª Que en las principales paradas se establezca una
caseta ó kiosko que tenga un reloj visible y resida en él
un esalador especial de carruajes para dirimir las dudas
ó quejas que se promuevan.

Si el señor corregidor lo aprueba, se mejorará un
ramo en el que se interesan a los habitantes de Ma-
drid, y aun los forasteros, que son ahora victimas de la
insolencia y falta de leyes de los hombres del látigo.
Desde luego estamos decididos a que no se haga nadie
el sordo con este aviso, tan natural y cortés como co-
medido.

Al caballero que era director de telégrafos, le han
hecho director de la Caja de Depósitos.

Lo mismo da.
Es una gran cosa esta de que un empleado gordo
sirva para todos los destinos.
Que aproveche.

El aceite ha subido dos cuartitos en libra. *La Cor-
respondencia* dice que esto no tiene nada de extraño.

Bien se conoce que no es pobre el periódico ministerial.
—Aunque haya venido poco aceite por causa del
cólera, cosa que no es creible, no hay razon para subir
el aceite, que ya se pagaba á excesivo precio.

Entre los progresistas y demócratas que se retraen,
y los neos que se presentan cada uno en dos ó tres dis-
tritos á la vez, y los unionistas que andan buscando
hueco casi por amor de Dios, no harán ni esto en bene-
ficio del país.

Patria, querida madre patria, todos te quieren mu-
cho, pero tu hacienda no parece.

Charadita del número 134.

¡Ay, Dios! primero me mato,
primero muero soltera,
que tener, Dios no lo quiera,
un marido mogigato.

La Señora de siempre.

La Junta de Beneficencia Municipal del segundo
distrito, cuya casa de socorro está situada en la calle
de Fuencarral, núm. 69, agrateca infuuto á las perso-
nas caritativas de esta capital contribuyan con trapos

6 hilas para curacion de los pobres enfermos y heridos
asistidos por la misma.

Geroglífico del número 134.

Quien al cielo escupe, en la cara le cae.

Los médicos, despues de haber vencido en la campa-
ña contra ese pícaro fugitivo, han archivado su arsenal
de preservativos, y aconsejan, en la actualidad, un poco
de esplayamiento. Los ánimos han pasado por tales sus-
tos, que no es extraño el retraimiento observado en los
teatros. ¡Vaya V. a fijar su atencion en las romanzas de
la Rey-Balla, ni á deslumbrarse con las corazas doradas
del ejército mujerial de Selika, cuando cree V. percibir
el coro de ruidos que le anda por el interior de su pro-
pio abdomen! Aquello ya pasó. Los teatros van pobla-
do sus localidades, y el Real lleva trazas de ir dando
representaciones de *La Africana* hasta alcanzar el nú-
mero de ellas que lleva esa ópera, verdaderamente nota-
ble, en las escenas de París y Londres.

Siguiendo la corriente del público nos dedicaremos á
conocer esa música difícil y armoniosa a la que, segun
los inteligentes, no se le toma el gusto hasta que se ha
oido muchas veces. Lo mismo sucede con el tabaco,
y eso que es menos higiénico que la ópera.

Animo, pues, y a *La Africana*. Para escribir más
acertadamente de ella, procuraremos tomar nuestros
informes entre los acomodadores y el público, que son
la fuente más segura para una crítica imparcial.

Á LOS ELECTORES ECONOMISTAS.

En junta de electores celebrada el 20 del presente,
se nombró un centro directivo para que proponga en
las actuales circunstancias lo que crea más convenien-
te, y al mismo tiempo indique los candidatos que deban
votarse para esta capital. Este centro, en vista del
considerable número de comunicaciones que de provin-
cias se han recibido pidiendo que se les indiquen can-
didatos, se ve en el caso de tener que manifestar: que en
la actualidad no puede hacerlo, y que les recomienda
que por todos los medios legales procuren enviar al
Congreso diputados que merezcan su completa confian-
za. Madrid 23 de Noviembre de 1865.

Juan Dotres y Gibort. —Juan José Sanchez Pesca-
dor. —Anastasio Perez y Garcia. —Prudencio Vizcaino
Rodriguez. —Manuel Regidor Gimenez. —Fernando Gar-
cia Labiana. —Wenceslao Gaviña. —Emeterio de Ave-
chuco.

La comision nominadora de electores econo-
mistas, convoca á segunda reunion el lunes 27,
á las seis y media de la tarde, en el salon núme-
ro 4 de la calle de Capellanes, número 10.

Geroglífico.



ANUNCIOS.

CALLE DE JACOMETREZO, NÚM. 19, TIENDA DE TUTOR.
Hemos recibido surtido de sombrero y gorras para
niños. Se construyen las de uniforme con especialidad,
y hay surtido de las demás clases.

Copisteria en grande escala, ó sea esta-
blecimiento de copias para toda clase de escritos,
obras, solfeo, traduccion de lenguas y antiguos ma-
nuscritos españoles, con la baratura, brevedad y buena
letra que ya tiene acreditado esta oficina. Calle de Fe-
lige III, 7, pral.

Por lo contenido en este número,
F. Perezagua.

Editor responsable, D. Diego Mendez.

MADRID: 1865. —Imprenta de El Cascabel,
Á CARGO DE M. BERNARDINO,
calle de los Caños, núm. 4, bajo